

¿Hay vida más allá del cognitivismo? Encontrando respuestas en la psicología social

Javier Pons Díez

Departamento de Psicología Social de la Universitat de València

resumen/abstract:

El objetivo de este trabajo es presentar una revisión de algunas orientaciones teóricas surgidas a finales del siglo XX, que se postulan como alternativas a los modelos predominantes del procesamiento de la información. En primer lugar, se describen las características distintivas de la orientación cognitivista. A continuación, se exponen las principales críticas vertidas sobre esta orientación. Posteriormente, se hace una caracterización de algunas escuelas de pensamiento, surgidas en la psicología social, que recogen esta crítica y presentan posiciones alternativas a las teorías cognitivistas.

The aim of this paper is to present a review of some theoretical orientations emerged in the late twentieth century, which are suggested as alternatives to the dominant models of information processing. First, it describes the distinctive features of cognitive orientation. The following outlines the main criticisms of this approach. Subsequently, carried out a description of some schools of thought emerged in social psychology, which present alternative positions to cognitivism.

palabras clave / keywords:

Cognitivism, historia de la psicología, psicología crítica, psicología social.

Cognitivism, critical psychology, history of psychology, social psychology.

1. Caracterización antropológica y epistemológica del cognitivismo

El artículo de George Miller “El mágico número siete más/menos dos: Algunos límites de nuestra capacidad para procesar información”, publicado en 1956, suele ser considerado como el primer punto de inflexión en el cambio de paradigma que experimentó la psicología. Cuatro años más tarde, otros dos acontecimientos serán decisivos para que el cognitivismo empezara a ganar terreno frente al conductismo: por un lado, en la Universidad de Harvard se funda el Centro de Estudios Cognitivos, dirigido por George Miller y Jerome Bruner; paralelamente, se publica el libro “Planes y estructura de la conducta”, firmado por el omnipresente Miller, junto con Eugene Galanter y Karl Pribram. Ya en

1967, Ulric Neisser utiliza el nombre de “Psicología cognitiva” para titular su libro. Neisser (1967) define la cognición como el conjunto de procesos mentales a través de los cuales las entradas sensoriales se transforman, se reducen, se elaboran, se almacenan, se recuperan y se usan. La cognición, para Neisser, se refiere a todo lo que el ser humano puede llegar a hacer con su mente.

El auge del cognitivismo desde los años sesenta del siglo XX acabó consolidándolo como la orientación teórica predominante en la psicología estadounidense, trasladándose esta tendencia a la europea e instalándose como el modelo de observación mayoritaria en el estudio del comportamiento. La preponderancia del paradigma cognitivista supuso un cambio en la noción de ser humano manejada por la psicología, pues, frente al conductismo, el cognitivismo destaca la imagen de la persona como procesadora e interpretadora de la información circundante, favoreciendo una visión esencialmente racionalista de la naturaleza humana. Ello significó, además, acentuar la perspectiva individualista del comportamiento que ya esbozaba el conductismo, pues la vida psíquica queda reducida a la mecánica de los procesos cognitivos, aislados de los factores de orden social que les deberían dar sentido, tales como normas grupales implícitas, roles desempeñados, motivaciones de ajuste grupal o creencias y valores de referencia colectiva (Ovejero, 1985).

Efectivamente, el enfoque cognitivista se convierte en dominante desde el último tercio del siglo XX (Collier, Minton y Reynolds, 1996; Ibáñez, 1990; Jiménez-Burillo, 1986;

Rodríguez-Pérez y Betancor, 2007; Sabucedo, D’Adamo y García-Beaudoux, 1997; Santolaya, Berdullas y Fernández-Hermida, 2002; Turner, 1999). Como afirman Markus y Zajonc (1985) el cognitivismo se quedó sin “competidores”, pues no sólo abarcó la mayor parte de las nuevas líneas de investigación, sino que se dio, por parte de algunas teorías neoconductistas o de la *Gestalt* social, una reconceptualización de sus términos en dirección al procesamiento de la información. Tal situación significó un cambio de proporciones revolucionarias, que reorientó el interés de la psicología hacia la comprensión de la mecánica de los procesos cognitivos.

Siguiendo a Munné (1989) pueden señalarse cinco supuestos básicos que se desprenden de la conceptualización que el cognitivismo hace del ser humano:

- La persona es procesadora activa de información e interpretadora de la realidad.
- La interpretación de un estímulo depende tanto de las características de éste como de las expectativas del perceptor.
- La persona intenta organizar cognitivamente su experiencia, y esta organización incluye una selección y una simplificación de contenidos mentales y de la realidad circundante.
- La organización mental de la realidad tiene como función proporcionar una guía para la acción y una base para la predicción de esa acción.
- Todo lo anterior es igualmente aplicable tanto a la actividad mental cognoscitiva como al comportamiento de interacción social.

La noción de ser humano que presenta el cognitivismo fue uno de los motivos que facilitó su gran auge dentro de la psicología estadounidense. El hecho es que el conductismo presentaba una noción antropológica que, implícitamente y aun sin pretenderlo, dejaba entrever dudas acerca de algunos de los valores fundacionales de los Estados Unidos, tales como el libre albedrío, la preeminencia del raciocinio o la capacidad de elección. Las propuestas cognitivistas, por el contrario, permitían mantener explícitamente a salvo esos valores legitimadores del *American way of life*.

El emplazamiento central de los procesos internos –mentales– supuso ya una manifiesta oposición al conductismo, pues el interés primordial de las teorías cognitivistas radicará en su voluntad de explicar cómo las personas organizan sus interpretaciones de la realidad. El cognitivismo quiere explicar cómo las personas interpretan el mundo que les rodea, cómo la gente piensa en las cosas que les ocurren y ocurren a su alrededor, y cómo piensan que piensan sobre el mundo (Fiske y Taylor, 1991). La investigación cognitivista no se limita al estudio del comportamiento observable, pues su interés está en lo que los conductistas habían desdeñado: la mente, la “caja negra” del conductismo.

El estudio de las categorías mentales no había sido ajeno a la psicología anterior al cognitivismo: desde la obra pionera de Wilhelm Wundt a la psicología humanista de Abraham Maslow y Carl Rogers; o desde los inicios de la psicología de la *Gestalt* a la teoría del campo de Kurt Lewin y los posteriores desarrollos de la *Gestalt* social. Incluso el neoconductismo tomó en consideración las

variables “intervinientes” como mediadoras entre la estimulación ambiental y la respuesta del individuo a ésta. Pero, la marca diferencial de la perspectiva cognitivista radica en la forma de acercarse a la mente para estudiar el comportamiento de las personas: aplicar la metáfora de la mente como un ordenador y aplicar análogamente todo el andamiaje procesual de las ciencias computacionales (Garrido y Álvaro, 2007). Autores como Zaccagnini y Delclaux (1982) señalan que se recurrió a la metáfora del ordenador porque el sistema conceptual y terminológico usado para referirse a los ordenadores resultaba muy práctico para describir y representar modelos psicológicos del funcionamiento cognitivo. Así, se comienza a decir que los sujetos procesan *inputs* de su entorno a través de canales cognitivos, tras lo cual la información es elaborada mediante una serie de pasos, hasta que se toma una decisión y se genera un *output*.

Esta psicología “cibernética” se centra en cómo el individuo procesa la información, con independencia de la naturaleza de los contenidos de ésta, y se basa en los modelos de procesamiento de la información: la mente actúa como un ordenador, que sólo puede funcionar a partir de sus programas. La premisa de partida de la psicología cognitivista fue situar al pensamiento al timón de mando de la conducta, postulando una visión racionalista del ser humano y de la vida social. En efecto, las dinámicas extracognitivas, tales como las motivaciones y necesidades sentidas, el mundo emocional, el ajuste social o los contenidos socioculturales de la psique, han tenido muy escaso espacio dentro de la explicación cognitivista, pues ésta prefiere centrarse en los fríos

mecanismos mentales del procesamiento de la información. Así, la investigación de aquellos aspectos es ignorada, por no tener espacio en una explicación racionalista de la actividad humana (Fiske y Taylor, 1991; Markus y Zajonc, 1985), lo cual ha contribuido a alejarlas del interés de los psicólogos (Fernández-Sedano y Carrera, 2007).

Desde este contexto conceptual será posible sistematizar una visión crítica de la orientación cognitivista y proponer alternativas surgidas y desarrolladas, fundamentalmente, en la psicología social. Tal es, precisamente, el propósito de este trabajo, y a ello empezaremos a referirnos en el apartado siguiente.

2. La crítica al cognitivism

La gran densidad de elementos implicados y la variabilidad de formas que adquiere la vida de los humanos requieren ser atendidas por una psicología que aborde su comprensión de una manera no simplista. La vida de las personas posee un carácter inherentemente dinámico: los sistemas sociales en que acontece toda existencia humana son sistemas altamente complejos, por ello habrá que considerar que la actividad de las personas, los pensamientos, los sentimientos, las interacciones y la vida en los grupos poseen una complejidad idiosincrásica que dificulta que puedan ser conocidos mediante una simplificación en respuestas individuales de cognición. Sobre este armazón de ideas, comienzan a formularse críticas –sobre todo desde la psicología social¹– acerca de diferentes aspectos teóricos y

antropológicos del paradigma del procesamiento de la información. Obviamente, la crítica no consiste en una enmienda a la totalidad, sino que va dirigida a cuestiones particulares, aunque vinculadas a una misma noción de psicología y de ser humano. Siguiendo a autores como Garrido y Álvaro (2007), Gergen (1997a), Jiménez-Burillo (2005), Markus y Zajonc (1985), Ovejero (1985) o Rodríguez-Pérez (1993), resumiremos las críticas más frecuentes, que han venido recayendo sobre aspectos como los siguientes:

- Excesivo racionalismo en la noción de ser humano: la persona es concebida por el cognitivism como una “máquina de pensar”. La actividad humana es reducida a producto de procesos interpretativos inspirados en la lógica formal, olvidando que el comportamiento común de las personas, en muchas de sus expresiones cotidianas, no responde a esos criterios racionales ni se basa en razonamientos lógico-formales.
- Perspectiva no social o, en el mejor de los casos, escasamente social. El interés del cognitivism recae sobre el conocimiento individual, pero sin contemplar la naturaleza sociocultural de este individuo ni las influencias sociales y culturales que condicionan su actividad y sus contenidos mentales. El proceso cognitivo de interpretación de la realidad se estudia des-

logía de la instrucción, el estudio de las funciones mentales superiores o ciertos aspectos de la psicología del desarrollo o en la del deporte, entre otras. La crítica se centra en los aspectos que hacen referencia a la vida común y cotidiana de las personas, a la noción de ser humano y al estudio del comportamiento en los ámbitos sociales y relacionales, allí donde se ponen en juego el bienestar social, la calidad de vida y la salud mental. Por ello, la crítica se ilustra desde la psicología social.

¹ Es claro que muy distinto será la aplicación de los modelos del procesamiento de la información a otras áreas en que la explicación cognitivista no tiene más remedio que encajar con éxito: por ejemplo, la psico-

provisto de los factores socioculturales que lo llenan de contenido.

— Olvido de los aspectos emocionales y motivacionales de la persona. Del ser humano interesa poco más que el mecanismo procesual de los procesos cognitivos. Las emociones, necesidades y motivaciones humanas no son consideradas en su esencia por el cognitivismo, salvo como producto secundario derivado de procesos de cognición.

— Visión mecanicista del ser humano: se concede primacía a las operaciones cognitivas formales y al funcionamiento de los procesos cognitivos, pero no a la naturaleza de los contenidos mentales ni a las dinámicas sociales y motivacionales que afectan a los contenidos y a los procesos. Como afirma Álvaro (1995) el paradigma cognitivista ha sustituido un individualismo de carácter reactivo –el del conductismo– por un individualismo “ilustrado”.

— Perspectiva conservadora: si la experiencia vital puede fundamentarse en procesos cognitivos, las condiciones reales de la vida no serán relevantes en la determinación del bienestar. Así, la mejora de las condiciones sociales no será prioritaria, pues siempre se podrán reinterpretar cognitivamente para no generar malestar. Ciertamente, el pensamiento político conservador ha gustado de subrayar los determinantes internos y mentalistas de los comportamientos, presentando la conducta como un asunto puramente individual y privado (Albee, 1992). Enfatizar el papel de la interpretación cognitiva supone ignorar o silenciar condicionantes sociales

como la desigualdad en la distribución de los recursos, situaciones de injusticia o barreras sociales con las que se encuentran las personas. El cognitivismo representa una perspectiva centrada en lo mental y alejada del realismo social, de las condiciones de vida reales: el cognitivismo se halla bien conciliado con el *establishment*².

— Identificación de los rasgos del *American way of life* en la explicación que se hace de la conducta humana. La explicación cognitivista y la imagen que presenta del ser humano –racionalismo, individualismo, descontextualización, ...– se hallan muy cercanas a los modos de vida cotidianos de la sociedad estadounidense y a los valores enfatizados por ésta. Se plantearía un problema de validez en la generalización de investigaciones y teorías a otras sociedades donde la vida social común no respondiera a tales rasgos.

— Autoasunción del cognitivismo como el “final de la historia”, como la conclusión incuestionable de todos los paradigmas acerca del ser humano. En este sentido, el cognitivismo se nos presenta como una suerte de pensamiento único, pretendiendo esclarecer a la humanidad cuál es la manera “correcta” de pensar y de sentir.

Otra cuestión crítica tiene que ver con la re-

² Entroncando con esta crítica, Ehrenreich (2009) llega a afirmar que el llamado “pensamiento positivo” –desproblematización, reinterpretación de los hechos adversos, ...–, arraigado en el imaginario colectivo de nuestra sociedad y en las nociones mayoritarias de la psicología institucionalizada, actúa realmente como un mecanismo de control social y de “anestesia” para un tipo de malestar que movilizaría hacia el cambio social.

lación causal entre los pensamientos y los sentimientos. Aaron Beck, muy influyente en la psicología cognitivista, defendió la tesis de que las cogniciones determinan no sólo la conducta sino también los sentimientos del individuo: son las interpretaciones sobre los acontecimientos, y no los acontecimientos mismos, las que determinan lo que la persona sentirá (Beck, 1967, 1976). Esta relación causal del pensamiento al sentimiento es ampliamente aceptada dentro del movimiento cognitivista en psicología: la idea que se presenta es que las emociones son producto de la razón y de la valoración cognitiva que el individuo hace de los sucesos del entorno. Sin embargo, desde la neurociencia, las investigaciones sobre los circuitos neuronales del cerebro han hallado que la emoción precede al pensamiento y que existe un procesamiento emocional precognitivo (LeDoux, 1999).

Tal realidad psicobiológica acerca de la actividad emocional humana abre un camino de investigación para la psicología cognitiva. Desde ella, investigadores como Blascovich y Mendes (2001) o Clark y Brissette (2000) han propuesto la existencia de un efecto recíproco: las cogniciones influyen sobre las emociones y las emociones sobre las cogniciones. La presencia de una relación circular entre ambas variables –como, por otra parte, ocurre con la mayoría de variables psicológicas– supera, al menos, el reduccionismo de la relación lineal en un solo sentido.

El evidente éxito del cognitivismo en el terreno académico y profesional no impidió que otras orientaciones teóricas presentaran sus aproximaciones desde presupuestos alternativos. Efectivamente, mientras el cognitivismo

marcaba su acento, otras escuelas de pensamiento formulaban propuestas que han venido enriqueciendo la investigación sobre la conducta humana, aunque con una acogida no mayoritaria. El grueso de esas propuestas procede de desarrollos nacidos en el último cuarto del siglo XX en la psicología social estadounidense, europea y latinoamericana, precisamente porque el objeto de la psicología social pone de manifiesto las principales dudas acerca de los modelos del procesamiento de la información.

En los apartados posteriores se presentará una caracterización de algunas de tales orientaciones, cuyos esfuerzos de investigación hasta hoy han constituido marcos conceptuales eficaces para acceder a una comprensión completa y realista de la naturaleza humana. Además, su diversidad de planteamientos y puntos de interés satisface la necesidad, señalada por muchos autores, de que el estudio del comportamiento se articule en un orden teórico basado en la pluralidad de enfoques (Blanco, 1989; Crespo, 1995; Gil-Lacruz, 2007; Munné, 1993; Ovejero, 1997, 1999). Obviamente, el pluralismo no puede abrirse a escuelas que basaran sus aportaciones en la simple especulación, sino en la investigación empírica y, eso sí, fundamentada en la diversidad de métodos que ofrecen las ciencias sociales.

Ciertamente, la reflexión teórica sobre la naturaleza humana forma parte de las aportaciones que la psicología social hace y ha hecho al conocimiento psicológico (Rodríguez-Pérez, 1993). En nuestro campo, todo modelo teórico implica una noción acerca de qué es el ser humano, qué es la sociedad y cuál es la relación esencial entre ambos. Y esas nociones

representan una base de referencia sobre la que se asentarán tanto las prácticas profesionales como las elaboraciones derivadas de la investigación. Así pues, la apertura de miras hacia modos alternativos de comprender la actividad humana resultará un instrumento ampliamente útil para el profesional y para el investigador (Blanco y Valera, 2007). Como explica Munné (1993), conocer el pluralismo teórico invitará a reflexionar críticamente sobre la validez y la verdad de las teorías que se aplican, y será una condición sine qua non para una ciencia que asuma con fortaleza su rol en el medio social.

3. La perspectiva sociocognitiva europea

La psicología social europea, en su versión más idiosincrásica, ha sido caracterizada como un intento de compromiso con lo social, mediante el cuestionamiento de los enfoques individualistas y de las explicaciones mecanicistas y reduccionistas (Ibáñez, 1984). La psicología social europea —en su versión más idiosincrásica— ha tendido a resaltar la naturaleza social del comportamiento humano, con una perspectiva más holística que la estadounidense y tomando en consideración el análisis crítico del desarrollo histórico de las sociedades (Jaspars, 1986).

Desde estas premisas, una cierta corriente de investigadores europeos cuestiona la imagen mecanicista del ser humano implícita en las formulaciones cognitivistas preponderantes: el ser humano reducido a una “máquina de pensar”. El enfoque sociocognitivo europeo acepta y parte de la idea de actividad mental humana, pero se aleja de la reducción a lo intrapsíquico y de la imagen del ser humano

como un aséptico procesador de la información, que no se detuviera en valoraciones sociales cuando procesa, como si su mente estuviera exenta de contenidos sociales y culturales. Así, la característica distintiva de la orientación sociocognitiva europea será su interés por encontrar la intersección entre lo individual y lo social en la actividad de los humanos.

Nos referiremos en este apartado a las contribuciones de los dos grandes núcleos de la psicología sociocognitiva europea: el francés, con las figuras de Serge Moscovici, Denise Jodelet, Jean-Léon Beauvois y Robert Joule; y el británico, con Henri Tajfel, John Turner, Miles Hewstone y Jos Jaspars.

Serge Moscovici propone una psicología social que se oriente a lo cognitivo, aunque alejada de los presupuestos típicos de la psicología cognitivista. Critica el carácter individualista de los modelos cognitivistas al uso y aboga por cambiar la unidad de análisis desde los procesos cognitivos individuales a las formas colectivas de conocimiento que dan sentido a la actuación humana (Moscovici, 1984). Esta visión de las cosas será característica de toda la orientación sociocognitiva europea.

Central en la aportación de Serge Moscovici será el concepto de representación social, entendida como un conjunto de conceptos, afirmaciones y explicaciones sobre los hechos y los eventos cotidianos, que se originan en la vida diaria dentro del curso de la comunicación interindividual, que son compartidos por los miembros de un grupo social y que sirven a cada persona para orientarse en el contexto social, para entenderlo y para explicarlo (Moscovici, 1981). La representación social surge de la conversación cotidiana y, aunque no

determina inexorablemente el pensamiento individual, sí condiciona significativamente el juicio sobre la realidad en las personas de un mismo grupo social.

La teoría de las representaciones sociales concibe a la persona como un ser activo, un sujeto de acción social que elabora explicaciones sobre él mismo, sobre los demás y sobre los eventos que ocurren, pero no lo hace aisladamente, sino en tanto que miembro de grupos sociales de referencia. Las representaciones tienen carácter práctico, son construidas en los procesos comunicativos grupales y forman parte del pensamiento de los individuos. No es sólo que las variables culturales y sociales influyan –como así lo hacen– en el modo en que los sujetos perciben la realidad, sino que las representaciones son en sí mismas análisis y explicaciones de esa realidad y, además, forman parte de ella, pues forman parte del pensamiento común (Moscovici, 1981). Como explica Denise Jodelet, colaboradora de Moscovici, lo que existe en las mentes de las personas es una realidad representada desde lo social, es decir, una realidad apropiada por un grupo social e integrada en un sistema cognitivo (Jodelet, 1986).

La representación surgida de la conversación interindividual y en el marco de un grupo social pasa a ser utilizada por el individuo en la interpretación que éste hará de la realidad. Esto ocurrirá, según Moscovici y Jodelet, mediante la acción de dos procesos sociocognitivos: la objetivación y el anclaje. El proceso de objetivación permite convertir una idea, un evento, un concepto, una entidad,... en un objeto manejable por el grupo: el grupo se “apropia” del significado de un evento me-

dante la elaboración de una representación social del mismo, y ello se hará en función de criterios propios de ese grupo. El proceso de anclaje posibilita que se fije una red de significados alrededor de una representación social dada, de modo que ésta se instale en la realidad social con una funcionalidad y un papel regulador de los comportamientos. La representación social se convierte en una “teoría” de referencia para que las personas comprendan y construyan la realidad social a partir de ella. Esa “teoría” describe, explica y justifica tal realidad, constituyéndose, de esta forma, el sentido común del grupo (Jodelet, 1986; Moscovici, 1981).

Otra aportación del núcleo francés de la orientación sociocognitiva es la que hacen Jean-Léon Beauvois y Robert Joule. Estos investigadores emprenden una relectura de una de las más destacadas teorías de la *Gestalt* social, la teoría de la disonancia de Leon Festinger, formulando una propuesta radical sobre el proceso de racionalización. Según Beauvois y Joule (1981), las ideas son adoptadas por las personas como mecanismos de racionalización de la conducta: no es tanto que la gente se comporte según su manera de pensar, sino que son las conductas efectivamente realizadas las que conducen a un pensamiento consonante con tales conductas. Más en concreto, Beauvois y Joule afirman que la mayoría de comportamientos cotidianos no son elegidos como consecuencia de procesos deliberativos, sino que son conductas de seguimiento de fuentes de influencia social, y tales conductas tendrán efectos sobre las cogniciones de esa persona. En definitiva, la aportación de estos investigadores es constatar que la relación entre actitu-

des y comportamiento es bidireccional.

Por lo que se refiere al núcleo británico de la perspectiva sociocognitiva, sus máximos representantes son Henri Tajfel y John Turner, con sus trabajos acerca de la identidad social. Lo que se desprenderá de la propuesta de estos investigadores es que la dimensión social de la mente humana es decisiva en el proceso de regulación de la propia identidad, pues la configuración de ésta –e, incluso, las fluctuaciones en la autoestima– se encontrará estrechamente vinculada a factores de identificación grupal. La noción antropológica de Tajfel y Turner sugiere que la necesidad humana de pertenencia e identificación grupal es una motivación fundamental en la vida de las personas. En este sentido, Tajfel (1984) define la identidad social como aquellos aspectos de la identidad de una persona que tienen que ver con la pertenencia a un grupo social. Implica la puesta en marcha de procesos motivacionales que llevarán a la identificación con los valores propios del grupo, así como una evaluación del yo en función de la pertenencia grupal. De este modo, una persona incrementa o disminuye la imagen de sí misma en virtud de las características y situación social del endogrupo (Tajfel y Turner, 1979).

Turner (1990) sostiene que una persona puede, dependiendo de la situación, categorizarse a sí misma como sujeto individual o como miembro de una categoría social determinada. Cuando se produce esta segunda posibilidad, acontecerán tres efectos en la persona: se acentuarán las percepciones de semejanza intragrupal y de diferencia intergrupala, se producirá favoritismo endogrupal y se dará un proceso de despersonalización. Turner explica

que la despersonalización supone la autopercepción de uno mismo dentro del grupo como “intercambiable” con los demás, e induce a que uno se autodefina en términos de miembro de esa categoría. El yo se percibe como idéntico a los otros en algunos aspectos comunes e importantes del grupo, pudiendo así categorizarse como miembro de éste y adquirir una identidad a escala de conjunto.

Para finalizar este apartado, nos referiremos a la aportación de otros dos investigadores británicos, Miles Hewstone y Jos Jaspars, quienes revisan las investigaciones sobre percepción de personas e interpretación de las conductas ajenas –atribución causal– en la vida de interacción social. Hewstone (1992) y Hewstone y Jaspars (1984) concluyen que la percepción social y la atribución causal no responden únicamente a procesos cognitivos individuales, sino que están mediatizadas por significados colectivos y por el contexto social en que acontece la atribución. Se destaca, pues, el carácter socialmente compartido de las cogniciones en el mundo relacional.

4. La teoría ecológica del desarrollo

El psicólogo estadounidense Urie Bronfenbrenner formuló una explicación del desarrollo psicológico del individuo a través de las influencias contextuales que enmarcan su ciclo vital. La idea básica de la teoría ecológica es la siguiente: los contextos de relación en que acontece la vida de las personas, así como las relaciones dinámicas entre esos contextos, constituyen la unidad de análisis a la que hay que acudir para encontrar significado al comportamiento humano (Herrero, 2004a).

Bronfenbrenner (1977, 1979) plantea que la

vida de las personas acontece dentro de sistemas sociales en los que se va configurando su actividad y características psicológicas, condicionadas por la repercusión de esos sistemas en el desarrollo individual. Además, las propias características de un sistema están también influidas por las relaciones con otros sistemas y entornos sociales. Así pues, el desarrollo vital de los individuos será producto de un complejo campo de fuerzas que, finalmente, dará lugar al comportamiento peculiar de cada sujeto en cada momento. Precisamente, el papel decisivo que otorga al contexto sociocultural justifica la gran aceptación que esta teoría ha tenido entre aquellos psicólogos más interesados por encontrar marcos de referencia que superaran el individualismo metodológico y teórico instalado en la disciplina (Gil-Lacruz, 2007; Serrano y Álvarez, 2002).

Las raíces intelectuales de la teoría ecológica de Urie Bronfenbrenner hay que encontrarlas en la aplicación a las ciencias sociales de la teoría general de sistemas. De hecho, la propuesta de Bronfenbrenner se enmarca y ajusta perfectamente en tal aplicación. La teoría general de sistemas es un marco de estudio multidisciplinar, que trata de encontrar las propiedades comunes a un tipo de entidad, el sistema, presente en todos los niveles de la realidad –biológico, social, mecánico,...– y que es objeto de disciplinas científicas diferentes. Un sistema está constituido por un conjunto de elementos y de subsistemas interrelacionados mutuamente, de manera que el estado y la actividad de cada uno de ellos están interconectados con el estado y la actividad del resto. Así, el funcionamiento global del sistema no podrá ser comprendido sin atender a las rela-

ciones entre sus partes constitutivas, pero tampoco las características de esas partes podrán conocerse en su plenitud sin conocer las características generales del sistema, del resto de los elementos y de las relaciones entre ellos.

Los humanos viven y desarrollan su conducta dentro de sistemas sociales, de los cuales son tanto creadores como elementos constitutivos. Un sistema social está integrado por personas y por relaciones entre personas, así como por grupos de personas y sus relaciones. Cada elemento del sistema social afecta y es afectado por los otros. Se perdería la esencia de lo que es un sistema social si se pretendiera centrar la atención en las unidades aisladas, excluyendo el significado del tejido de relaciones entre las unidades (Scott, 1981). Pero los sistemas sociales, como los biológicos o de cualquier otro tipo, no operan aisladamente, sino en permanente contacto con el exterior. Cualquier sistema social mantiene relaciones de repercusión mutua con otros similares, lo cual condicionará no sólo su funcionamiento y atributos globales, sino también las relaciones entre sus elementos y el funcionamiento y características de éstos.

De este modo, la característica individual no podrá ser aprehendida en toda su complejidad si se considera al individuo aisladamente, por lo que será necesario atender a las relaciones que ese individuo ha mantenido y mantiene con otros elementos del sistema, y a las relaciones que sus sistemas establecen con otros. Los contextos relacionales son, para el ser humano, sistemas de referencia cognitivos y emocionales en los cuales encuentra sentido la variable psicológica. Es premisa fundamental que dentro de los sistemas sociales y entre

ellos no existen conexiones lineales simples de causa-efecto sino conexiones complejas que obedecen a una lógica circular, basada en regularidades, y cuya naturaleza es dinámica y no inmutable (Musitu, 2006).

Las relaciones establecidas dentro de los sistemas sociales aportarán a sus integrantes marcos de referencia sobre las expectativas de conducta y pensamiento, justificaciones valorativas del comportamiento, así como expectativas específicas acerca de las formas de actuación propias de cada posición dentro del sistema. A través de la función socializadora del sistema, sus integrantes interiorizarán tales variables y asumirán los estilos conductuales y actitudinales que sean peculiares de ese sistema (Herrero, 2004a).

Cada persona es afectada de modo significativo, y durante todo su ciclo vital, por las interacciones en sus contextos y de sus contextos. El ambiente ecológico natural del individuo está formado por un conjunto de estructuras de relación que envuelven a la persona y que Bronfenbrenner (1979) presenta en cuatro niveles de influencia. 1) El microsistema es el ámbito relacional más próximo al individuo, el entorno grupal inmediato en que tienen lugar interacciones directas entre los integrantes; a través de la socialización ejercida por los contextos microsistémicos, el individuo desarrolla sus rasgos psicológicos e interioriza las prescripciones sociales en cuanto a estándares conductuales, valores y roles. 2) El mesosistema se refiere a las interacciones significativas entre los microsistemas, pues toda persona es integrante de diversos microsistemas sociales que repercuten en su desarrollo psicológico, pero cada uno de ellos incidirá sobre una

persona que ya viene influida por otro similar.

3) El exosistema alude a contextos en los cuales no se halla el individuo, pero que sí inciden sobre lo que ocurrirá en aquellos contextos en los que está, pues un pequeño cambio en el entorno podría provocar un efecto enorme en la dinámica de un sistema y en el desarrollo de un individuo. 4) El macrosistema está configurado por el marco social y cultural más amplio que envuelve a las personas, a sus relaciones, a sus sistemas y a las relaciones entre ellos, incluyendo valores sociales imperantes, rasgos culturales de una sociedad, condiciones políticas y económicas o acontecimientos históricos que condicionan la dinámica social; todo individuo es socializado y enculturizado en el marco de unas condiciones macrosociales particulares que van a incidir sobre los contenidos mentales y conductuales de esa persona.

Hay que decir, finalmente, que los contextos de relación están constituidos por interacciones de diversa naturaleza producidas por la actividad humana. El ser humano, por lo tanto, no es un ente pasivo hecho a imagen y semejanza de lo que ocurra en su entorno. Al contrario, las personas, según Bronfenbrenner (1977, 1979), no se limitan a responder pasivamente a las demandas ambientales, sino que construyen sus propios mundos mediante una relación dialéctica con las circunstancias del entorno. La actividad es inherente a la persona, como la función socializadora lo es a todo sistema formado por personas.

5. La orientación dialéctica y el contextualismo

Se trata de dos orientaciones teóricas surgidas en la psicología social estadounidense,

íntimamente ligadas entre sí, tanto por sus argumentos como por la estrecha colaboración investigadora que mantuvieron sus principales ponentes: Marianthi Georgoudi y Ralph Rosnow. Su punto de confluencia es que la actividad humana sólo puede explicarse a partir del análisis de su contexto social, cultural e histórico.

El principal representante de la orientación dialéctica es Marianthi Georgoudi. Su interés se centra en el análisis de la insolubilidad fundamental entre individuo y sociedad: desde la perspectiva dialéctica, individuo y sociedad no son contemplados como entidades separadas que sólo estuvieran vinculadas por influencias mutuas entre naturalezas distintas, sino que, al contrario, aparecen como entidades de la misma naturaleza, fusionadas en un proceso dialéctico de relaciones creadas y recreadas. Existe, pues, una continuidad esencial entre lo psicológico y lo social, ya que, por definición, ambos están entrelazados dentro de los procesos de relaciones sociales en el contexto sociocultural (Georgoudi, 1983).

La orientación dialéctica no se dirige tanto a los estados psicológicos individuales como a los procesos dinámicos de generación de relaciones y productos sociales. Por ello, se ubica en el estudio de las relaciones sociales contextualizadas dentro de un permanente proceso de creación, modificación y transformación de la sociedad. Así, los dialécticos se alejarán de las dicotomías sujeto-objeto, mundo objetivo-subjetivo o individuo-sociedad, y considerarán que éstas son categorías que no pueden definirse la una sin la otra (Georgoudi, 1983).

Muy cercana intelectualmente a la orientación dialéctica se encuentra la orientación del

contextualismo, propuesta por Ralph Rosnow. Para Rosnow (1981) y Rosnow y Georgoudi (1986), los acontecimientos de la vida social se entienden a través del contexto de significados socioculturales que tienen las relaciones sociales en el momento y lugar en que aquellos acontecimientos ocurren. Para entender la actividad humana será necesario acudir al análisis de su contexto total: relacional, social, cultural e histórico. La totalidad contextual, por su parte, posee un carácter plenamente organizado y significado en ella misma.

La concepción del contexto no es la de una entidad independiente de las personas, sino que toma forma a partir de los actos humanos que lo constituyen, al tiempo que el individuo adquiere significación a partir del entorno. Es éste uno de los aspectos que revela la influencia de la dialéctica en el contextualismo: la doble forma que toma el contexto, como producto y como “causa” de la actividad humana. La idea de cambio como elemento constitutivo de la realidad es otro de los puntos clave de esta orientación. Ligado a ello, el contextualismo destaca la importancia de la intencionalidad en la persona: se conceptualiza al individuo no sólo como un agente activo e intencional, sino también como un “agente social”, es decir, creando la sociedad, tomando posiciones en la organización social y actuando dentro de una matriz social de relaciones contextualizadas (Georgoudi y Rosnow, 1985).

6. La psicología social de la liberación y la aportación latinoamericana

La seña de identidad de la psicología social de la liberación es el compromiso con la igualdad social y la posición crítica ante los valores

del individualismo ideológico. Esta orientación teórica ha tenido una notable acogida en ciertos sectores de la psicología latinoamericana. Su principal representante es Ignacio Martín-Baró, psicólogo español emigrado a El Salvador³. Martín-Baró (1983, 1989) concibió una psicología social crítica y comprometida, postulando que el análisis psicosocial debería servir para solventar las necesidades reales de las personas y los grupos humanos, para sacar a la luz, en ese análisis crítico, las situaciones que impliquen injusticia y desigualdad, y para fortalecer los valores de la cohesión y la justicia social.

Martín-Baró (1983, 1989) postula que el compromiso de la psicología debe estar al lado de las legítimas aspiraciones de realización vital de toda persona en el contexto en el que vive. Así pues, las motivaciones vitales y las necesidades sentidas por las personas se convierten en variables cruciales en el estudio del ser humano. Las condiciones del contexto, por otra parte, son el marco para la realización personal y, por tanto, en ellas se encuentran las limitaciones y las oportunidades que inciden en la vida de los seres humanos. Las condiciones del contexto pueden ser desde las de tipo relacional, hasta las que incluyen factores económicos y políticos, pasando por los valores sociales imperantes o las condiciones laborales, convivenciales, educativas, materiales,

³ Ignacio Martín-Baró desarrolló buena parte de su trabajo psicosocial en medio del conflicto armado que sufrió El Salvador entre 1980 y 1992. El 16 de noviembre de 1989 fue asesinado, junto con otros cinco profesores de la Universidad Centroamericana y dos trabajadoras de la misma, en un atentado perpetrado por un comando gubernamental, auspiciado por los Estados Unidos. Entre los profesores fallecidos figuraban también el filósofo Ignacio Ellacuría y el sociólogo Segundo Montes. La posición ideológica de Martín-Baró y sus compañeros fue determinante en los hechos (Chomsky, 1998).

medioambientales y asistenciales. Están ahí los factores que limitarán o que potenciarán la satisfacción de la realización personal.

Desde estas ideas, Martín-Baró (1983, 1989) se interesa por el bienestar y la salud mental, no como producto de procesos psicológicos, sino como resultado de las condiciones en que se vive. Para Martín-Baró, la salud mental óptima es concebida como expresión de relaciones sociales humanizantes. Plantea que las personas que muestran afecciones después de pasar por situaciones altamente conflictivas y frustrantes no son “anormales”, sino que están experimentando una respuesta “normal” a una situación que sí es “anormal”. En sociedades caracterizadas por la competitividad y el individualismo, donde prevalece la desigualdad como una “anormalidad normal”, la solución a los problemas relacionados con las carencias de bienestar y calidad de vida pasa por: a) analizar las condiciones que afectan la vida social, b) detectar aquellas que favorecen la frustración o la realización, y c) eliminar las unas y potenciar las otras.

Si anteriormente mencionábamos el compromiso de la psicología social europea con los factores sociales, hay que decir, en este caso, que la psicología social latinoamericana se ha caracterizado por un fuerte compromiso con el cambio social. La psicología social de América Latina —al menos, en los sectores próximos a las tesis de Ignacio Martín-Baró, a su escuela de pensamiento y a los desarrollos de la psicología comunitaria— ha tenido como fundamentos básicos los siguientes: la consideración de que el bienestar no depende sólo de factores psicológicos, sino también —y sobre todo— de

las condiciones contextuales; la orientación hacia las necesidades sentidas por las personas y las colectividades, sin imponer modelos normativos de necesidades; y la orientación a modificar las condiciones del contexto y no sólo a facilitar el equilibrio psicológico en un contexto incuestionado (Cantera, 2004a; Montero, 1994). Muy cercanas a la psicología social de la liberación son las propuestas del colombiano Gerardo Marín y de la venezolana Maritza Montero. Acabaremos este apartado refiriéndonos a estos dos autores.

Gerardo Marín plantea que todo quehacer psicológico y psicosocial ha de enmarcarse en las nociones y formas de vida propias de la cultura de referencia: formas de relación social, manera de entender la vida, creencias, normas implícitas,... Duda de la universalidad de los contenidos mentales y, consecuentemente, propone una aproximación a las necesidades humanas que tenga en cuenta la “cultura subjetiva” de cada sociedad o de cada grupo dentro de ella (Marín, 1988).

Por su parte, Maritza Montero señala el contraste entre la problematización y la desproblematización, en cuanto a los factores que inciden en el bienestar de las personas. Identifica situaciones en que las condiciones de vida insatisfactorias son reinterpretadas cognitivamente por las personas que las sufren, desproblematizando así la situación y contribuyendo al mantenimiento de los factores desencadenantes (Montero, 1991). Si una persona no puede acceder a la satisfacción de sus necesidades legítimas, nos encontraremos ante un escenario de injusticia; si las personas afectadas optan por aceptarlo, tal escenario y sus efectos no desaparecerán, aunque cognitiva-

mente puedan reinterpretarse y aplacar así el malestar emocional inmediato. La problematización, el cuestionamiento de los factores que impiden la realización personal, es un modelo de pensamiento que facilitará la modificación de las circunstancias en las que se vive, mientras que la desproblematización refleja modelos legitimadores de la desigualdad.

7. Otras aportaciones: La construcción intermental de la realidad

Para finalizar, presentaremos un último grupo de desarrollos teóricos, provenientes, en este caso, de la psicología social estadounidense, que también han contribuido con sus aportaciones acerca de la naturaleza humana. En concreto, nos referiremos al interaccionismo simbólico tardío, a la etnometodología y al construccionismo social. Las tres participan de la noción de que la realidad percibida es una construcción intermental compartida y vinculante en la vida social común.

Podemos considerar a Sheldon Stryker como un representante tardío del interaccionismo simbólico, que recoge las aportaciones que George Herbert Mead y Herbert Blumer hicieron en los años treinta del siglo XX. El interaccionismo simbólico contempla al ser humano como miembro activo de una comunidad social de interpretación de significados, que son compartidos y producidos en la interacción social. Así, se concibe la sociedad como un marco de interacción entre individuos, y al ser humano como un constructor activo de significados, organizados éstos en torno a los procesos compartidos que los producen (Musitu, 1996). El acercamiento de Sheldon Stryker al interaccionismo simbólico ha sido calificado

de estructural, por cuanto pone su énfasis en las estructuras sociales para definir límites, barreras y facilidades en la interacción y, por tanto, en la conducta de las personas. Para Stryker (1980, 1997), las personas aprenden, mediante la interacción con otras, la manera de clasificar el mundo y la manera en que se espera que se comporten en él. La estructura social no determina, pero sí impone constricciones para la construcción y la adopción de los roles sociales: las personas producen la sociedad, pero lo hacen como actores socioculturalmente situados, no en condiciones en que prime sólo la elección individual de cada uno. Para Stryker, además, los roles sociales son aprendidos y representados por los individuos cuando los ocupan dentro de la estructura social, pero también son modificados por efecto de esa estructura, posibilitando así un puente entre persona y sociedad.

Un segundo enfoque al que nos referiremos es la perspectiva etnometodológica propuesta por Harold Garfinkel. Como punto de partida, la etnometodología considera que las personas operan de forma activa y propositiva, utilizando los procedimientos que les resultan eficaces en su vida social cotidiana. La etnometodología se interesará por las descripciones subjetivas de la realidad, considerando que son fuentes de esa misma realidad social. De este modo, Garfinkel (1984) define el objetivo de la etnometodología como la indagación sobre los supuestos tácitos en los que se basa la interacción cotidiana, sobre los usos de razonamiento práctico que la gente pone en juego para construir el sentido de la vida social y manejar sus asuntos sociales cotidianos, y sobre cómo las personas hacen razonables las actividades

corrientes y cómo lo aplican en la práctica. Según Garfinkel, la expresión cotidiana adquiere su significado completo dentro de su particular contexto de enunciación. El significado es “local” y no susceptible de generalización fuera del contexto de interacción en el que sirve. Por otro lado, la realidad social tiene un carácter de construcción común entre los participantes en la interacción: cada actor cotidiano “negocia” con los demás los significados que se otorgarán a los hechos que acontecen en ese escenario interactivo.

Finalmente, nos referiremos al construccionismo social, una escuela surgida de la obra de Kenneth Gergen. Su principal premisa es que la realidad de la vida social común es una construcción intersubjetiva, un “mundo compartido”, lo cual presupone que el proceso de entender el mundo no es dirigido automáticamente por la naturaleza misma de los objetos, ni elaborado individualmente en una mente aislada, sino que resulta de una empresa activa y cooperativa de personas en relación (Gergen, 1997a, 1997b). Esta corriente se interesa por la construcción interindividual de la realidad conocida: el conocimiento que las personas tienen sobre el mundo que les rodea y sobre su cotidianidad está determinado por la cultura, la historia y el contexto social, ya que este conocimiento es resultado de procesos de interacción dentro de un marco que es histórico y cultural. Es decir, la interpretación de la realidad no es fruto de la actividad mental individual, sino de la actividad intermental compartida. El construccionismo social se sitúa en una posición antagónica con respecto al cognitivismo, pues propugna la necesidad de reemplazar el papel de la cognición individual

por el del lenguaje como construcción social, así como trascender el dualismo sujeto-objeto. El lenguaje, para el socioconstruccionismo, no está compuesto de la acción individual, sino que es una acción conjunta e interactiva: el significado de todo término no está ubicado dentro de la mente individual, sino que emerge continuamente de la convención relacional.

8. Apuntes finales

Dice Munné (1993) que el pluralismo teórico es la democratización de la ciencia social, que el pluralismo es un modo alternativo de teorizar que nos obliga a convivir con la incómoda contradicción entre inabarcabilidad y totalidad, y que es una condición indispensable para asumir una ciencia social crítica. En efecto, la pretensión de abarcabilidad total es tarea irrealizable cuando el objeto de estudio es tan complejo y diverso. En este trabajo se ha pretendido presentar una revisión de ciertas orientaciones teóricas, surgidas en el último cuarto del siglo XX, y que se postulan como alternativas a los modelos predominantes del procesamiento de la información. Como ha sido visto, entender lo humano más allá de presupuestos intrapsíquicos de corte mecanicista es algo tan factible como enriquecedor.

Las orientaciones teóricas repasadas sugieren que el significado de la vida común no puede reducirse sólo a mecánica procesual. Se entiende así que el carácter esencial del ser humano no será de procesador de información, sino de agente productor de la misma, dentro de una dinámica relacional permanente que da sentido a lo social y a lo psicológico. Las agrupaciones humanas son realidades cualitativamente diferentes a la simple yuxtaposición

de mentes individuales (Blanco, Caballero y De la Corte, 2005). De ahí se deriva, por tanto, que la vida de los humanos no es el resultado de procesos mentales individuales, sino de interacciones complejas entre esas mentes. Interacciones dotadas de significado simbólico, que son “causa” y “efecto” de la actividad particular de cada individuo.

A este respecto, George Herbert Mead, padre intelectual de la orientación teórica del interaccionismo simbólico, fue contundente en su posicionamiento al afirmar que “la sociedad y el hombre son lo mismo” (Mead, 1934/1993). Es decir, la relación entre la psique y la sociedad va más allá de dos realidades sólo vinculadas por meras relaciones de influencia mutua; al contrario, ambas constituyen “un todo inextricablemente entrelazado” (Ibáñez, 2003). La dimensión social no corre paralelamente a la dimensión psicológica, sino que es constitutiva de ésta: lo social es constitutivo de la mente y de la conducta. La sociedad no está fuera de la persona, sino que la sociedad son las personas y, además, está dentro de cada una de ellas.

En efecto, las complejas y ricas conexiones entre persona y sociedad son connaturales a la misma idiosincrasia de ambas. En el terreno de estas conexiones es donde se halla la característica más definitoria de la vida común de los seres humanos. La persona, sus grupos y el sistema macrosocial que los envuelve conforman un entramado de relaciones complejas que constituye el campo de actuación de todo ser humano (Stangor y Jost, 1997). Esto lleva a considerar las vinculaciones entre las características personales y las de los contextos, pero también entre las necesidades de las per-

sonas y las condiciones de los entornos, pues las necesidades de los humanos están estrechamente vinculadas a los procesos relacionales y a las condiciones sociales (Montenegro, 2004). Y las conductas son actuaciones significadas y motivadas en lo social, y no sólo guiadas por procesos deliberativos basados en la lógica formal (Ovejero, 1985).

Se postula, pues, una psicología de la vida real, que se interese por el estudio de las vidas humanas tal y como las personas las viven en la realidad, no en el reducido y artificioso mundo de la cognición, sino en la calle, en las casas, en los lugares de ocio, en las tiendas o en el trabajo, lugares donde la gente, verdaderamente, vive e interacciona con otros humanos y con las condiciones socioambientales que éstos crean y recrean (Harré, 1983).

8.1. Derivaciones para la práctica profesional

Compartimos con Blanco y Valera (2007) que la atención a las necesidades de las personas particulares, grupos, comunidades, organizaciones o instituciones sólo puede abordarse con garantías desde una sólida reflexión teórica que alimente recurrentemente el quehacer profesional. Llegados aquí, pues, el propósito principal de este trabajo ha sido cumplido, ya que se ha presentado una modalidad de esa reflexión: el amplio espectro de posibilidades de la explicación psicosocial, frente al mecanicismo de los modelos del procesamiento de la información.

Aunque no es objeto del análisis psicosocial presentar procedimientos concretos de trabajo para el psicólogo, sí que es cierto que las ideas tienen efecto sobre la actividad profesio-

sional; también las ideas que aquí han sido discutidas. Por ello, resultará de interés, finalizando este trabajo, mencionar las implicaciones que tal discusión tiene para el ámbito profesional. Y se hará sin pretensión de exhaustividad, pero sí de ilustración, satisfaciendo además las peculiaridades propias de una publicación como ésta, orientada a aquel ámbito.

Como apunta Roe (2002), la del psicólogo es una profesión que sólo existe en formas especializadas y el conocimiento psicológico es necesariamente heterogéneo en sus campos de aplicación. No obstante, sí puede identificarse en el interés por el bienestar de los seres humanos un denominador común de la psicología aplicada (Blanco y Valera, 2007). En este sentido, los modelos psicosociales han dado lugar a formas de trabajo basadas en la provisión de apoyo social, pues son conocidos y han sido ampliamente comprobados los efectos beneficiosos del apoyo social sobre la salud y el bienestar (Berkman y Glass, 2000; Gracia, 2011; Herrero, 2004b; Olds et al., 2002; Uchino, 2004), incidencia nada sorprendente desde la noción de ser humano que maneja y propone la explicación psicosocial.

Siguiendo la propuesta ya clásica de Gerald Caplan, la experiencia de bienestar, la motivación y el desarrollo de los propios recursos se incrementan cuando se encuentra a otras personas o grupos que se interesen por uno, que hablen su “lenguaje”, que le ofrezcan referencias de acción y actitud, le proporcionen recompensas valiosas por sus éxitos, sean sensibles a sus necesidades personales y le valoren con respeto y empatía (Caplan, 1974). Así, los sistemas formales de ayuda —servicios profesionales, en la formulación de Caplan— ac-

tuarán como catalizadores del desarrollo personal o grupal, en la medida que sean capaces de adaptar procesos ya existentes en los sistemas naturales de ayuda (Herrero, 2004b).

Desde esta perspectiva, Gracia y Lila (2007) proponen que la intervención basada en el apoyo social supone un antídoto contra la arrogancia (sic) que pudiera envolver al trabajo del psicólogo. La psicología, pues, tiene mucho que aprender de los modos cotidianos de vivir y de la forma en que las personas hemos abordado los problemas. Y, claro está, equilibrar sabiamente racionalismo y sentido común. Así, prosiguen Gracia y Lila, el éxito o fracaso de las intervenciones dependerían menos de las técnicas de los profesionales y más de su habilidad para aportar apoyo –en los términos descritos más arriba en la formulación de Caplan (1974)–, estimular el descubrimiento de contextos naturales de apoyo y fortalecer los recursos para acceder a ellos. Esta visión de las cosas supone considerar que el bienestar de los humanos, por su propia naturaleza, se haya vinculado a la satisfacción de necesidades de integración social (Barrón y Sánchez-Moreno, 2001; Páez, Campos y Bilbao, 2008).

Lo anterior sugiere acudir a otra cuestión íntimamente relacionada, cuyo debate también ha despertado el interés de los modelos psicosociales del bienestar (Cantera, 2004b; Efran y Clarfield, 1996; Sánchez-Vidal, 2007): el papel del profesional en relación a las necesidades sentidas de las personas. Congruentes con las ideas que estamos mostrando, Rodríguez-Morejón y Beyebach (1994) proponen que el profesional de la psicología debe huir del “normativismo”, esto es, no basarse en un

modelo de ajuste impuesto desde el criterio profesional, ni tratar de modelar el modo de vida y necesidades de las personas desde tal norma, y sí entender a la persona desde sus necesidades sentidas y como parte de un sistema de relaciones en la vida social, atendiendo, principalmente, a esa característica de la naturaleza humana. Así, legitimar las necesidades humanas, frente a la reinterpretación de las situaciones para inducir emociones positivas, es una diferencia más que de matiz, pues conlleva una visión radicalmente distinta de la persona o grupos con los que se trabaja: poner al mando de la psicología de la vida cotidiana a las necesidades sentidas y no a la mecánica procesual. Ello implica centrar toda intervención en esas necesidades sentidas, entendidas como expectativas de las personas o los grupos acerca de las condiciones de vida deseadas (Montenegro, 2004), más que en las técnicas controladas unilateralmente por el profesional. Y, por supuesto, la consideración y puesta en valor de la dimensión psicosocial de la naturaleza humana a la hora de aplicar cualquier procedimiento psicológico.

Referencias

- Albee, G. (1992). A competency model to replace the defect model. En M.S. Gibas, J.R. Lachenmeyer y J. Sigal (Eds.), *Community psychology: Theoretical and empirical approaches*. Nueva York: Gardner
- Álvaro, J.L. (1995). *Psicología social: Perspectivas teóricas y metodológicas*. Madrid: Siglo XXI.
- Barrón, A. y Sánchez-Moreno, E. (2001). Estructura social, apoyo social y salud mental. *Psicothema*, 13, 17-23.
- Beauvois, J.L. y Joule, R.V. (1981). *Soumission et ideologie: Psychosociologie de la rationalitation*. París: Presses Universitaires de France.
- Beck, A. (1967). *Depression: Causes and treatment*. Filadelfia: University of Pennsylvania.
- Beck, A. (1976). *Cognitive therapy and the emotional disorders*. Nueva York: International University Press.
- Berkman, L.F. y Glass, T. (2000). Social integration, social networks, social support and health. En L.F.

- Berkman e I. Kawachi (Eds.), *Social epidemiology*. Oxford: University Press.
- Blanco, A. (1989). La perspectiva histórica en el estudio de los grupos. En C. Huici (Ed.), *Estructura y procesos de grupo*. Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia.
- Blanco, A. y Valera, S. (2007). Los fundamentos de la intervención psicosocial. En A. Blanco y J. Rodríguez-Marín (Eds.), *Intervención psicosocial*. Madrid: Pearson.
- Blanco, A., Caballero, A. y De la Corte, L. (2005). *Psicología de los grupos*. Madrid: Pearson.
- Blascovich, J. y Mendes, W.B. (2001). Challenge and threat appraisals: The role of affective cues. En J.P. Forgas (Ed.), *Feeling and thinking: The role of affect in social cognition*. Cambridge: University Press.
- Bronfenbrenner, U. (1977). Toward an experimental ecology of human development. *American Psychologist*, 32, 513-531.
- Bronfenbrenner, U. (1979). *The ecology of human development*. Cambridge: Harvard University Press.
- Cantera, L.M. (2004a). Ética, valores y roles en la intervención comunitaria. En G. Musitu, J. Herrero, L.M. Cantera y M. Montenegro (Eds.), *Introducción a la psicología comunitaria*. Barcelona: Universitat Oberta de Catalunya.
- Cantera, L.M. (2004b). Psicología comunitaria de la salud. En G. Musitu, J. Herrero, L.M. Cantera y M. Montenegro (Eds.), *Introducción a la psicología comunitaria*. Barcelona: Universitat Oberta de Catalunya.
- Caplan, G. (1974). *Support systems and community mental health: Lectures on concept development*. Nueva York: Behavioral Publications.
- Chomsky, N. (1998). El contexto sociopolítico del asesinato de Ignacio Martín-Baró. En A. Blanco (Ed.), *Psicología de la liberación*. Madrid: Trotta.
- Clark, M.S. y Brissette, I. (2000). Relationship beliefs and emotion: Reciprocal effects. En N.H. Frijda, A.S. Manstead y S. Bem (Eds.), *Emotions and beliefs: How feelings influence thoughts*. Cambridge: University Press.
- Collier, G., Minton, H. y Reynolds, G. (1996). *Escenarios y tendencias de la psicología social*. Madrid: Tecnos.
- Crespo, E. (1995). *Introducción a la psicología social*. Madrid: Universitas.
- Efran, J.S. y Clarfield L.E. (1996). Terapia constructivista: Sentido y sinsentido. En S. McNamee y K. Gergen (Eds.), *La terapia como construcción social*. Barcelona: Paidós.
- Ehrenreich, B. (2009). *Bright-sided: How the relentless promotion of positive thinking has undermined America*. Nueva York: Metropolitan Books.
- Fernández-Sedano, I. y Carrera, P. (2007). Las emociones en psicología social. En J.F. Morales, M. Moya, E. Gaviria e I. Cuadrado (Eds.), *Psicología social*. Madrid: McGraw-Hill.
- Fiske, S.T. y Taylor, S.E. (1991). *Social cognition*. Londres: Addison-Wesley.
- Garfinkel, H. (1984). *Studies in ethnomethodology*. Cambridge: Polity Press.
- Garrido, A. y Álvaro, J.L. (2007). *Psicología social: Perspectivas psicológicas y sociológicas*. Madrid: McGraw-Hill.
- Georgoudi, M. (1983). Modern dialectics in social psychology. A reappraisal. *European Journal of Social Psychology*, 13, 77-93.
- Georgoudi, M. y Rosnow, R.L. (1985). Notes toward a contextualist understanding of social psychology. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 11, 5-22.
- Gergen, K. (1997a). *Realities and relationships: Soundings in social construction*. Cambridge: Harvard University Press.
- Gergen, K. (1997b). Social psychology as social construction: The emerging vision. En C. McGarty y S.A. Haslam (Eds.), *The message of social psychology: Perspectives on mind in society*. Cambridge: Blackwell.
- Gil-Lacruz, M. (2007). *Psicología social. Un compromiso aplicado a la salud*. Zaragoza: Universidad de Zaragoza.
- Gracia, E. (2011). Apoyo social e intervención social y comunitaria. En I. Fernández-Sedano, J.F. Morales y F. Moleró (Eds.), *Psicología de la intervención comunitaria*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Gracia, E. y Lila, M.S. (2007). *Psicología comunitaria: Redes sociales de apoyo y ámbitos de intervención*. Valencia: Editorial CSV.
- Harré, R. (1983). Anteproyecto de una nueva ciencia. En N. Armistead (Ed.), *La reconstrucción de la psicología social*. Barcelona: Hora.
- Herrero, J. (2004a). La perspectiva ecológica. En G. Musitu, J. Herrero, L.M. Cantera y M. Montenegro (Eds.), *Introducción a la psicología comunitaria*. Barcelona: Universitat Oberta de Catalunya.
- Herrero, J. (2004b). Redes sociales y apoyo social. En G. Musitu, J. Herrero, L.M. Cantera y M. Montenegro (Eds.), *Introducción a la psicología comunitaria*. Barcelona: Universitat Oberta de Catalunya.
- Hewstone, M. (1992). *La atribución causal: Del proceso cognitivo a las creencias colectivas*. Barcelona: Paidós.
- Hewstone, M. y Jaspars, J. (1984). Social dimensions of attribution. En H. Tajfel (Ed.), *The social dimension: European developments in social psychology*. Londres: Cambridge University Press.
- Ibáñez, T. (1984). Prólogo. En S. Moscovici (Ed.), *Psicología social*. Barcelona: Paidós.
- Ibáñez, T. (1990). *Aproximaciones a la psicología social*. Barcelona: Sendai.
- Ibáñez, T. (2003). El com i el perquè de la psicología social. En T. Ibáñez (Ed.), *Introducción a la psicología social*. Barcelona: Universitat Oberta de Catalunya.
- Jaspars, J. (1986). Forum and focus: A personal view or European social psychology. *European Journal of Social Psychology*, 16, 3-15.
- Jiménez-Burillo, F. (1986). *Psicología social*. Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia.
- Jiménez-Burillo, F. (2005). Contribución a la crítica de la psicología social imperante. *Encuentros en Psicología Social*, 3, 5-31.
- Jodelet, D. (1986). La representación social: Fenómenos, concepto y teoría. En S. Moscovici (Ed.), *Psicología social*. Barcelona: Paidós.
- LeDoux, J. (1999). *The emotional brain: The mysterious underpinnings of emotional life*. Londres: Orion-Phoenix.
- Marín, G. (1988). Premisas para la creación de programas de prevención culturalmente apropiados. En A. Martín-González (Ed.), *Psicología comunitaria: Funda-*

mentos y aplicaciones. Madrid: Síntesis.

Markus, H.R. y Zajonc, R.B. (1985). The cognitive perspective in social psychology. En G. Lindzey y E. Aronson (Eds.), *The handbook of social psychology*. Nueva York: Random House.

Martín-Baró, I. (1983). *Acción e ideología: Psicología social desde Centroamérica*. San Salvador: Universidad Centroamericana.

Martín-Baró, I. (1989). *Sistema, grupo y poder: Psicología social desde Centroamérica II*. San Salvador: Universidad Centroamericana.

Mead, G.H. (1993). *Espíritu, persona y sociedad*. Barcelona: Paidós.

Montenegro, M. (2004). Comunidad y bienestar social. En G. Musitu, J. Herrero, L.M. Cantera y M. Montenegro (Eds.), *Introducción a la psicología comunitaria*. Barcelona: Universitat Oberta de Catalunya.

Montero, M. (1991). Concienciación, conversión y desideologización en el trabajo social comunitario. *Boletín de la Asociación Venezolana de Psicología Social*, 14, 1-6.

Montero, M. (1994). Vidas paralelas: Psicología comunitaria en Latinoamérica y en Estados Unidos. En M. Montero (Ed.), *Psicología social comunitaria: Teoría, método y experiencia*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.

Moscovici, S. (1981). On social representation. En J.P. Forgas (Ed.), *Social cognition: Perspectives on everyday understanding*. Nueva York: Academic Press.

Moscovici, S. (1984). *Psicología social*. Barcelona: Paidós.

Munné, F. (1989). *Entre el individuo y la sociedad: Marcos y teorías actuales sobre el comportamiento interpersonal*. Barcelona: PPU.

Munné, F. (1993). Pluralismo teórico y comportamiento social. *Psicothema*, 5(supl.), 53-64.

Musitu, G. (1996). *Manual de psicología de la comunicación*. Valencia: Editorial CSV.

Musitu, G. (2006). La comunicación familiar desde la perspectiva sistémica. En Y. Pastor (Ed.), *Psicología social de la comunicación*. Madrid: Pirámide.

Neisser, U. (1967). *Cognitive psychology*. Nueva York: Appleton.

Olds, D., Robinson, J., O'Brien, R., Luckey, D.W., Pettitt, L.M., Henderson, C.R., Ng, R.K., Sheff, K.L., Korfmacher, J., Hiatt, S. y Talmi, A. (2002). Home visiting by paraprofessionals and nurses: A randomized, controlled trial. *Pediatrics*, 110, 486-496.

Ovejero, A. (1985). Tradición cognitivista de la psicología social. *Estudios de Psicología*, 23/24, 165-185.

Ovejero, A. (1997). *El individuo en la masa: Psicología del comportamiento colectivo*. Oviedo: Nobel.

Ovejero, A. (1999). *La nueva psicología social y la actual posmodernidad: Raíces, constitución y desarrollo histórico*. Oviedo: Universidad de Oviedo.

Páez, D., Campos, M. y Bilbao, M.A. (2008). Del trauma a la felicidad: Pautas para la intervención. En C. Vázquez y G. Hervás (Eds.), *Psicología positiva*. Bilbao: Desclée de Brouwer.

Rodríguez-Morejón, A. y Beyebach, M. (1994). Terapia sistémica breve: Trabajando con los recursos de las personas. En M. Garrido y J. García-Martínez (Eds.), *Psicoterapia: Modelos contemporáneos de aplicación*.

Valencia: Promolibro.

Rodríguez-Pérez, A. (1993). La imagen del ser humano en la psicología social. *Psicothema*, 5(supl.), 65-79.

Rodríguez-Pérez, A. y Betancor, V. (2007). La cognición social. En J.F. Morales, M. Moya, E. Gaviria e I. Cuadrado (Eds.), *Psicología social*. Madrid: McGraw-Hill.

Roe, R. (2002). What makes a competent psychologist? *European Psychologist*, 7, 192-202.

Rosnow, R. (1981). *Paradigms in transition: The methodology of social inquiry*. Nueva York: Oxford University Press.

Rosnow, R.L. y Georgoudi, M. (1986). *Contextualism and understanding in behavioral science*. Nueva York: Praeger.

Sabucedo, J.M., D'Adamo, O. y García-Beaudoux, V. (1997). *Fundamentos de psicología social*. Madrid: Siglo XXI.

Sánchez-Vidal, A. (2007). *Manual de psicología comunitaria: Un enfoque integrado*. Madrid: Pirámide.

Santolaya, F., Berdullas, M. y Fernández-Hermida, J.R. (2002). La década 1989-1998 en la psicología española: Análisis del desarrollo de la psicología profesional en España. *Papeles del Psicólogo*, 82, 65-82.

Scott, W. (1981). *Organizations: Rational, natural and open systems*. Englewood: Prentice Hall.

Serrano, I. y Álvarez, S. (2002). Análisis comparativo de marcos conceptuales de la psicología de la comunidad en Estados Unidos y América Latina. En I. Serrano y W. Rosario (Eds.), *Contribuciones puertorriqueñas a la psicología social comunitaria*. Río Piedras: Universidad de Puerto Rico.

Stangor, C. y Jost, J.T. (1997). Commentary: Individual, group and system levels of analysis and their relevance for stereotyping and intergroup relations. En R. Spears, P.J. Oakes, N. Ellemers y S.A. Haslam (Eds.), *The social psychology of stereotyping and group life*. Oxford: Blackwell.

Stryker, S. (1980). *Symbolic interactionism: A social structural approach*. Menlo Park: Benjamin & Cummings.

Stryker, S. (1997). In the beginning there is society: Lessons from a sociological social psychology. En C. McGarty y S.A. Haslam (Eds.), *The message of social psychology: Perspectives on mind in society*. Cambridge: Blackwell.

Tajfel, H. (1984). *Grupos humanos y categorías sociales*. Barcelona: Herder.

Tajfel, H. y Turner, J.C. (1979). A integrative theory of intergroup conflict. En W. Austin y S. Worchel (Eds.), *The social psychology of intergroup relations*. Monterey: Brooks & Cole.

Turner, J.C. (1990). *Redescubrir el grupo social*. Madrid: Morata.

Turner, J.C. (1999). El campo de la psicología social. En J.F. Morales y C. Huici (Eds.), *Psicología social*. Madrid: McGraw-Hill - UNED.

Uchino, B.N. (2004). *Social support and physical health: Understanding the health consequences of relationships*. New Haven: Yale University Press.

Zaccagnini, J.L. y Delclaux, I. (1982). Psicología cognitiva y procesamiento de la información. En I. Delclaux y J. Seoane (Eds.), *Psicología cognitiva y procesamiento de la información*. Madrid: Pirámide.